

## Escribir el desarraigo: la alteridad encarnada\*

Mireia Calafell Obiol

Universitat Autònoma de Barcelona

Parte de este texto, quizá aquella que tiene que ver con la necesidad de escribirlo, está íntimamente relacionada con la propia experiencia del viaje, del estar en movimiento, de la incertidumbre del avión y los billetes para pasar un tiempo lejos de la propia ciudad, en un afuera. Es la parte, entonces, de la partida, de la fractura. Escribe Cristina Peri Rossi:

Desde entonces  
tengo el trauma del viajero  
si me quedo en la ciudad me angustio  
si me voy  
tengo miedo de no poder volver  
Tiemblo antes de hacer una maleta  
–cuánto pesa lo imprescindible–  
A veces preferiría no ir a ninguna parte  
A veces preferiría marcharme  
El espacio me angustia como a los gatos  
Partir  
es siempre partirse en dos  
(2005: 329).

En uno de los cuentos de *La profesora de español* (2005), Inés Fernández Moreno – escritora nacida en Buenos Aires y residente en España entre 2002 y 2005–, recupera esta desgarradora etimología de la palabra partir:

Nazir aprovecha ese exiguo espacio de tiempo y escribe en una libreta las palabras que aprende. A veces le trae cosas, un tomate, un peine o una carta y le pregunta cómo se dice. Isabel le enseña algunos verbos: “caminar” terminación en “ar” –se levanta y camina alrededor del salón–, “correr”, en “er” –corre con gestos desesperados, como Buster Keaton– y, por último, “partir” de la tercera conjugación, en “ir”. Isabel hace una valija imaginaria, saluda, parte. “Io partí de Buenos Aires. Tú partiste de Teheránn”. “Partir

---

\* El presente artículo está inscrito al proyecto “Corpografías de la identidad” (FFI2009-09026, Ministerio de Ciencia e Innovación) que lleva a cabo el grupo de investigación Cuerpo y Textualidad (2009 SGR651), y al proyecto “Representacions frontereres de la memòria històrica de les dones” (Institut Català de les Dones).

también es esto”, dice Isabel, y con un cuchillo parte una manzana en dos. Después enmudece. Acaba de entender el significado de partir, dividir, separar (Fernández Moreno, 2005: 23).

Leo este fragmento sentada en la fila 43 de un avión que ha de llevarme lejos, y me estremece pensar qué sería de mí si no tuviera el regreso en el bolso, reducido a un código, a una simple combinación de números y letras que parecen escogidas al azar pero que, sin embargo, me garantizan un orden y un rumbo, un destino; qué sentiría ahora si el viaje fuera definitivo, si estuviera partiendo, si me estuviera partiendo. “Partir/ esperar/ perderse”, escribe en *Lecciones de ausencia* la escritora nacida en Argentina, Teresa Martín Taffarel (2005: 67). Pero yo, que seré turista, que podré volver, o al menos –que es mucho más–, pensar y sentir que puedo volver, gano la partida.

De pronto, caigo en la cuenta de que, en la pantalla que tengo enfrente, un mapa indica que sobrevolamos ya otro país. Hemos cruzado, según parece, una frontera y yo sin enterarme. No ha habido ningún socavón, no hemos visto banderas, no nos han parado en la aduana. Me inquieta no saber en qué momento exacto he abandonado *mi* país, no haber notado nada al cruzar esta línea que aparece en el mapa para definir, precisamente, lo que debería conformar el *mi* que acabo de escribir, sin entender demasiado qué significa, sabiendo que, sin embargo, me significa cuando hablo, cuando me presentan, cuando lleno formularios. Intuyo entonces el poder de un recurso cartográfico que escarba en la tierra surcos, divisiones que no existen para homogeneizar la diferencia que circundan. Teresa Martín Taffarel escribe: “Los mapas son acaso/ la imagen descubierta/ de un viaje sin escalas/ que se proyecta entero/ en inaccesibles coordenadas” (2005: 115). Coordenadas inaccesibles, límites proyectados para que surja el nosotros, esta ficción cultural que se articula como un no-otros a través de una dialéctica de exclusión e inclusión basada en la creencia de que las fronteras

delimitan una comunidad estática y no permeable que estaba ahí originariamente, antes incluso de la delimitación. He ahí: la separación como consecuencia y no como causa. La separación, ¿de qué? De los otros, los extranjeros, los que vienen de afuera, los salvajes que representan el caos y el peligro para una identidad que, sin embargo, necesita construir ese otro como amenaza para definirse. Se trata de situar la alteridad, el *otros*, allí, y lo propio, el *nos*, aquí. Así, y en palabras de la poeta nacida en Buenos Aires y residente en Barcelona, Ana Becciu, se construye:

El país. Esa cosa.  
Ese acoso.  
¿Lo ves venir?  
Las cosas que hace para distraerse,  
yo.  
Las cosas que hace.  
Ni su mamá.  
No, claro. Ni su mamá.  
Porque ahí está la cosa.  
La cosa. Mamá. Qué difícil escribirte.  
Siempre voy tropezando.  
Vamos tropezando.  
Vos también, mamá, vos también  
tropezás.  
Con la cosa  
(Becciu, 2007: 48).

Tropezamos porque esa cosa que acosa –un país, Europa– se edifica mediante muros simbólicos que aíslan dejando a la intemperie aquello y aquéllos que quedan del otro lado de un aquí aprehensible y comprensible, de los que están extramuros. Becciu escribe:

Luchan por nosotros.  
Por nosotros acá.  
Acá es la zona eurocomunitaria,  
eso dicen.  
Hagamos de cuenta que tienen razón.  
¿Y de nosotros qué?  
Porque nosotros eurocomunitarios un cazzo.  
Aparcados en la frontera.  
Apedrados en la frontera.  
Olvidados.  
Ajenados.

Ahí está la cosa.  
La eurocomunitaria cosa:  
Apenarnos.  
Yo  
y ella y ella y ella.  
Mamá es ella  
para siempre.  
Mamá es extracomunitaria.  
Extraeuropea.  
[...]  
La muerte, mamá,  
vos no sos europea  
(Becciu, 2007: 43).

¿Y cómo dejar de ser de ahí desde un aquí que rechaza e insiere las diferencias –corrijo: las diferentes diferencias– en un estereotipo? ¿Cómo vivir desde ese “Tengo un dolor aquí,/ del lado de la patria”, de Cristina Peri Rossi (2005: 287)? ¿Cómo hacer para vivir con la pregunta de Margarita-Sayak Valencia Triana –poeta nacida en México y residente en Madrid–: “El trágico Occidente. ¿Tengo que desgarrarme para ser verdad?” (Valencia Triana, 2007: 60). Qué responder ante este diálogo imaginario de la partida al que Becciu se suma para expresar la resta, la incisión de la ausencia, la rasgadura de una separación impuesta que rompe hasta con la posibilidad misma de decirla si no es alterando la gramática:

te dice vení que vamos a hilar juntos  
pastitos y ramitas con que tejer allá  
hacerlo de una vez lugar de nosotros  
acaso vela del estar acaso ámbar ausente  
–pero yo pedía ánfora, sitio, no casa no casa–  
[...]  
y no es todo, no,  
cómo se hace entonces para decir no estamos,  
que nos fueron, nos pusieron  
un paréntesis entre nos y otros,  
vos, yo, nosotros perdiste  
(Becciu, 2007: 39-40).

*Hacer de una vez el aquí lugar de nosotros* implica aceptar –y bueno sería hacerlo como una celebración– que una sociedad globalizada debe superar el modelo de Estado-

nación, país, cultura, como algo sitiado, estancado, pues los muros que antes cercaban la ciudad –lo que era interpretable y asimilable, lo que quedaba dentro de la norma, es decir, lo normal– se han derrumbado para hacer de la frontera –del espacio que ocupaba entonces la tapia– algo característico de la identidad. De toda identidad. Somos sujetos nómadas a decir de Braidotti, seres mestizos en palabras de Anzaldúa. La alteridad nos es propia, el afuera está dentro. En un ensayo publicado en 1997, *Extraños en el paraíso*, Antonio Tello advertía:

En este sentido, la presión de los flujos migratorios procedentes de los países pobres sobre las grandes urbes de los países ricos aparece como una fuerza irresistible y de gran impacto social, cuyas consecuencias se hacen sentir tanto en la superación de los nacionalismos capilares como en la redefinición de una identidad acorde con un orden mundial en el que ni la etnia ni el estado nación ya no serán las referencias “naturales” de la identidad colectiva (1997: 100).

La redefinición de la identidad pasa –o podría pasar, he aquí el lugar teórico donde se sitúa este texto– por pensarla desde el cuerpo, pues somos el resultado de una ontología corporal que, como explica Judith Butler, hace de todo ser humano un ser entregado a otros, porque vivir socialmente es estar “en manos de otro. Estamos expuestos a quienes conocemos y a quienes no conocemos” (Butler, 2010: 30). El problema es que, desde los discursos de poder, esta exposición se convierte a veces en sobreexposición, como cuando en una fotografía el exceso de luz hace opaca una parte de la imagen, homogeneizada bajo el blanco que esconde lo que hay detrás.

Si ahora me decidiera a coger del bolsillo del asiento delantero una de la revistas que ofrece la compañía aérea, podría hacer un álbum con este tipo de fotos sobreexpuestas que ocultan la perspectiva o posición privilegiada de un sujeto transparente a la cultura que en este caso sería una occidental como yo misma. Porque delante de esas fotos de estereotipos identitarios que intentan promocionar futuros vuelos para conocer algo así como lo verdaderamente mexicano, lo auténticamente chino o lo puramente marroquí,

es evidente que, atendiendo a los flujos y al movimiento migratorio horizontal (que ahora ya no es de Norte a Sud, sino de Sud al Norte, un camino de regreso de los imperialismos del siglo XIX), se hace posible pensar la contemporaneidad como el proceso en el que lo que antes era la periferia ahora es una copia de la metrópoli – aunque sea una copia periférica– presentada con el calificativo de lo local, tan ligado a las leyes del mercado y del turismo.<sup>1</sup> En efecto, lo local es lo que se ha convertido en estereotipo, lo que congela al otro en su localidad a través de, entre otros mecanismos, la aplicación de lo que María Lugones llama la lógica de la separación establecida por los discursos de poder para poder categorizar, dividir y ordenar jerárquicamente una pluralidad que no se presenta como tal. Estos discursos reducen la multiplicidad a una falsa unidad, a la vez que niegan la ambigüedad creadora y resistente de todo lo que se sitúa en la frontera. Dice Lugones:

Pienso en el intento por ejercer el control por parte de aquellos que poseen el poder y el ojo categórico y que intentan separar todas las cosas impuras para convertirlas en elementos puros (como la clara de la yema) con el propósito de controlar (1999: 237-238).

El procedimiento que sigue esta lógica de dominio se basa en la construcción de marcas pretendidamente visibles trazadas en los cuerpos de los individuos como si fuera posible fragmentarlos. La acción se asemeja a la que hay detrás de los mapas, como este que ahora insinúa que faltan todavía muchas fronteras que cruzar.

El sujeto que aplica este método y reduce la multiplicidad a la unidad ocupa una posición ahistórica y no contingente, como si no tuviera ideología, como si estuviera fuera del mundo, como si lo sobrevolara. Como si. Lugones señala:

---

<sup>1</sup> En *Crónicas desde la frontera*, de Cristina Civalé, se describe la perplejidad violenta de estar en un lugar tan diferente al que se crea a través de las agencias dedicadas al turismo: “Necesito un respiro; en este rincón del mundo, vendido como destino de turismo de aventuras, se perpetúan crímenes a cualquier hora del día. Qué lejos me encuentro de la idea de la churrascaría brasileña y del helicóptero de avistaje a las cataratas. Esta es la realidad sin maquillaje de la ciudad y de la zona fronteriza” (Civalé, 2008: 20).

Dado que la corporeidad es irrelevante a su unidad, no puede tener en su cuerpo inscripciones simbólicas ni institucionalizadas que lo marquen como alguien que está “fuera” de su propia producción como sujeto racional. Dado que dominar las inscripciones institucionales forma parte del programa de unificación, no puede haber marcas como éstas de su cuerpo (1999: 246).

En el caso que nos ocupa, las marcas que convierten al otro en inmigrante tienen que ver con unas características físicas concretas (unos ojos, el color de la piel, pero también una forma de hablar), así como la falta de una documentación particular (los *papeles*). Pero cuando se inscriben las marcas del cuerpo inmigrante, se están escribiendo al mismo tiempo las de su reverso, las de quien sí es vecino. Y puede, esta es mi lectura, que leer y atender los textos de los escritores y las escritoras que han encarnado la experiencia de la alteridad, sea una manera de desvelarnos como sujetos marcados y abrir así la posibilidad de una ética verdaderamente intercultural porque, como afirma Judith Butler, “cuando se está condenado explícitamente se ocupa un lugar desde el que puede articularse algo así como un discurso del reverso”.

En *La sudaca* (2006), una novela de Susana Kesselman –exiliada en España desde 1976 hasta que terminó la dictadura militar argentina–, se perfila este discurso del reverso en tanto que marca lo que deberán hacer y decir en España para ser norma/les:

Tonio les comentó que es más español decir manta que frazada y cuarto que habitación, y también, que tendrán que acostumbrarse a decirle falda a la pollera, bañador a la malla, jersey al pulóver, tarta a la torta, alcachofa al alcaucil. Les dejó una lista larga de reemplazos para que vayan practicando. Menos mal que no se van a Polonia. Si en España no entienden a los argentinos, en Polonia tendrían que hablar por señas. Para los españoles, ellos serán como los gallegos de acá, pero al revés; no les será fácil distinguir el acento porteño del cordobés o santiagueño, a todos los argentinos los bautizarán igual, sin sutilezas. ¿Cómo se sentirá Tonio en su patria? ¿Cuál es la patria de Tonio? (2006: 17).

Aparece aquí otra cuestión importante: la de la memoria y el olvido. También hubo españoles que debieron exiliarse en Argentina: el camino de ida siempre viene precedido del de vuelta, siempre deshace uno que regresa. Son caminos recíprocos. Y la

protagonista, que no es *gallega* sino que ahí será *La sudaca*, se pregunta, pensando en el marido que está a punto de emprender el largo viaje del exilio:

¿Le facilitarán a un exiliado su radicación en España? ¿Deberá recorrer oficinas y rogar por un permiso de trabajo, por un certificado de buena conducta? Se está vistiendo de traje y corbata para aparentar ser un ciudadano del primer mundo. Llevará fotos de perfil y de frente, comprobantes, sellos, firmas y aclaraciones de firmas, pero siempre le faltará algo. [...] ¿Habrán atormentado con trámites interminables a los exiliados republicanos que se refugiaron en Argentina? [...] Seguro que los españoles experimentaron el calvario de buscar trabajo, vivienda, escuelas, que hicieron filas en Migraciones, que transpiraron por las noches y soñaron con funcionarios que les hacían preguntas que no se animaban a responder sin consultar a un abogado. De esto no se salva nadie que haya perdido su país, que tenga que instalarse en otro país, sobre todo si la burocracia no es su fuerte. Se lo dijo Tonio (Kesselman, 2006: 27-28).

Hacer memoria debería significar entonces abrir la puerta al otro, porque uno descubre que está constituido por la otredad, que la idea casi mítica de un origen común vinculado al territorio y a la comunidad es sólo desmemoria vestida de verdad. Origen, tiempo y espacio así concebidos visibilizan el olvido y reconocen que un concepto de lugar apropiado y apropiable, debe formularse como contingente, irónico e incompleto para dejar precisamente espacio a lo nuevo, a la sorpresa y a la imaginación, sabiendo que, en palabras de Appadurai, “la imaginación es ahora central para todas las formas de *agency*” (Cit. en Cucó, 2004: 50).

Abrir la puerta y aceptar que sabemos tan poco de los otros a los que reducimos a una imagen como de nosotros mismos. Escribe la poeta nacida en Argentina y residente en Barcelona, Neus Aguado, en *Ginebra en bruma rosa* (1989: 83):

Qué sabes de mi pueblo y de mi gente,  
del silencio prensado gota a gota, del destierro.  
Querencias que se pierden en cloacas, alacranes  
sujetos al tiempo y la distancia, imágenes.  
Y ese péndulo fijo en otro día, un invierno  
que trocose en otro invierno incierto.  
Y nunca más la primavera fue en septiembre  
ni hubo calor que anunciara el Año Nuevo.  
En los periódicos salen reseñas que devoras:  
pero la vida y el palpitar no salen.



¿Qué sabes de mi pueblo y de mi gente?  
¡Apártate! Que ya ardieron las naves.

Descubrir al extranjero que hay en nosotros mismos a través de la escritura del desarraigo, escuchar la voz de quienes, como la protagonista de *Retrato de familia*, de Tabita Peralta, afirman “Ah, eso sí, pertenezco al lugar que pertenece a quienes no tienen un lugar de pertenencia. [...] El barrio gótico de Barcelona me pertenece, algunas calles de París por la noche y el puerto de Buenos Aires y mi cama [...] también podrían ser mi lugar” (Peralta, 2009: 70); vernos desde la mirada del que se siente otro cuando llega es un ejercicio de gimnasia identitaria que remite a un mayor conocimiento de nosotros mismos, teniendo en cuenta que lo primero que pone en duda es precisamente este *nosotros mismos* para apuntar a una lógica de hibridez. En *La naturaleza del amor* (2008), de María Fasce, la protagonista describe Barcelona y sus costumbres, las más sencillas, comparándola con Buenos Aires. El lector y la lectora de Barcelona se descubre entonces a-costumbrado. Leemos: “Esas viejitas eran otra constante de los bares de Barcelona, en Buenos Aires nunca iban a los bares” (Fasce, 2008: 89). O: “— Dijiste que no ibas a decirlo nunca —dijo Isabel. —Qué cosa? —“Me da igual”, la frase preferida de los catalanes” (Fasce, 2008: 240).

*Nosotros mismos, llegar, desarraigo...* son conceptos problemáticos porque de alguna manera presuponen que hay un *otros* distinto, un lugar de llegada que ya estaba ahí, una identidad verdadera de arraigo. Advierte Alfonso de Toro que “los términos de ‘pérdida’ y ‘desarraigo’ implican partir de la concepción de que existen culturas ‘puras’ y, en el caso de ‘entrecruces’, una destrucción de culturas. [...] [M]ejor sería hablar de ‘des y reterritorializaciones’” (Toro, 2005: 22). Teniendo siempre en cuenta el verso de Margarita Sayak Valencia, “Ser una mujer *border* es muy fácil/ a menos que te pase a ti” (Valencia, 2007: 73), la propuesta de Toro significa aceptar la posibilidad de una

pertenencia múltiple y entender la identidad como una negociación y nunca en términos de exclusión, descubrir que, como dice Martín Taffarel, la verdadera “ausencia/ es no necesitarnos” (2005: 54), celebrar la potencialidad creadora de la desorientación, del movimiento, del volver las cosas del revés, del quedarse en el aire. La poeta cubana residente en Sevilla, Milena Rodríguez escribe:

Alguien mira las cosas y los nombres,  
se acerca, los agita,  
los vuelve del revés,  
los interroga...

Y se queda en el aire,  
desolado, perdido,  
sin nombres y sin cosas,  
sin bastón infalible,  
sin patria ninguna en que apoyarse  
(2006: 73).

Alicia Kozameh, en *259 saltos, uno inmortal*, recupera la idea del apoyo para decir que “nos inventamos un soporte. Y nos apoyamos. O creemos que nos apoyamos. O sabemos que no nos apoyamos [...], pero imaginar el soporte nos ayuda a hacer el intento de conseguir uno verdadero” (Kozameh, 2005: 37). Quien ha inmigrado a otros países, sabe que el soporte no es más que un espejismo, y ese mismo saber disloca lo que soporta, sostiene, nuestra subjetividad: el cuerpo. La escritora argentina se pregunta, a partir de una clara identificación entre cuerpo, lugar e identidad:<sup>2</sup>

¿Estamos desmembrados los que tenemos el pie derecho en Madison, la mano izquierda en Lusaka, el meñique de la mano derecha en El Cairo, el hígado en Nueva York, la nariz en Buenos Aires, los muslos en Barcelona y el aparato digestivo en Los Ángeles? Qué es no estar desmembrado. [...] Qué es la cohesión. Quiénes son, donde están los que gozan de tan genuina solidez” (Kozameh, 2005: 42-43).

---

<sup>2</sup> En *La Sudaca*, leemos: “Cacho pensó que todas las ciudades de frontera tenían algo parecido y que su propio cuerpo era una ciudad de frontera, impersonal, desparado en una tierra de límite arbitrario, con lenguas distintas a un lado y al otro” (Kesselman, 2006: 53). La identificación entre cuerpo/ciudad e identidad aparece en muchos de los textos que forman lo que se ha dado en llamar literatura de la inmigración. Un análisis exhaustivo debería plantearse en otro texto.

Algo sucede con las palabras cuando se tiene la consciencia de estar desmembrado. Esther Andradi dice: “Junto a la movilidad llegan las palabras, porque una no puede andar de aquí para allá sin tratar de hacerse entender” (Andradi, 2005: 31). Luisa Valenzuela: “Cada desplazamiento ha sido para mí, de alguna forma, una experiencia de escritura” (2006: 153). Estar desmembrado es no tener solidez, es por lo tanto no buscar la esencia de las cosas, vivir en otra lengua, en otros lugares simultáneamente, estar siempre en otro lado. Significa, como decía el poema de Milena Rodríguez, quedarse en la intemperie de quien no tiene ni palabras ni cosas, de quien descubre que, si las palabras no son las cosas, tampoco son la experiencia, y menos la que incorpora el desamparo. Sin embargo, en el poema/poética que abre el poemario titulado precisamente *El otro lado*, la poeta escribe:

Yo no quiero las cosas  
ni sus nombres,  
yo no quiero la esencia  
ni la palabra que la habita.  
Quiero andar sus rincones, sus costados,  
quiero entrar despacito en sus preguntas,  
en sus *no sé*, en sus *cómo*,  
en donde ya no son lo que parecen

Quiero mirar lo raro de las cosas  
y escribir en el aire lo que he visto  
(Rodríguez, 2006: 11).

Escribir desde el no sé, escribir, como afirma Martín Taffarel, “para aprender los nombres de la ausencia” (2005: 129), para dar voz a lo invisible, a lo que no nombra el nombre, situarse entre el lugar percibido como origen y el de destino, ni en lo uno ni en lo otro, en la distancia y el extrañamiento, en el no estar completamente, en el ser desplazado, descentrado, asumiendo el riesgo de no ser autora de ninguna literatura nacional para promover justamente la reflexión crítica acerca de cuáles son los fundamentos que justifican una literatura nacional, en caso de que sea justificable, y qué forma tiene el marco que la constituye, que es lo mismo que decir, como bien explica

Judith Butler en *Marcos de guerra* (2010), qué es lo que convierte en visible y que abandona a su sombra. En este punto, quisiera señalar que en muchos de los ensayos publicados en España bajo lo que podría llamarse *literatura de la inmigración* (y el condicional subraya la necesidad de reflexionar acerca de qué hablamos cuando hablamos de literatura de la inmigración), casi no se citan ninguno de los textos de las escritoras que han ido apareciendo en este texto –de hecho, se listan mayoritariamente novelas de escritores nacidos en España en cuya obra aparecen inmigrantes–. No se citan porque el marco que producen, entre otros muchos dispositivos, el mercado editorial y el canon literario, las desplaza en una triple invisibilización en tanto que mujeres, inmigrantes y escritoras.

Sin embargo, ¿cuándo dejarán estas autoras de ser inmigrantes? ¿Todos los libros que escriban serán ejemplares de la literatura de la inmigración? ¿En qué momento termina la experiencia del viaje? ¿Termina? ¿Qué deben hacer para deshacer el estigma de la inmigración? ¿Pero es realmente un estigma o una experiencia que incita a la creación?

Silvia Molloy asegura que el viaje y la pérdida pueden devenir el motor de la escritura. Cito: “la escritura surge precisamente del desplazamiento y de la pérdida: pérdida de un punto de partida, de un lugar de origen, en suma, de una casa irrecuperable” (Molloy, 2006: 18). Leer a los escritores y escritoras migrantes –o mejor, migrados– es entender el significado de no ser de una ciudad sino de ser *con* ella, de ahí que el regreso no sea posible, porque la ciudad abandonada ya no es la ciudad de ahora, ni la de ahora, ni la de ahora. Dice Silvina Ocampo: “Se llega a un lugar sin haber partido de otro, sin llegar” (cit. en Molloy, 2006: 15). Hélène Cixous insinúa que toda ciudad es una carta que se dirige al otro pero que no será recibida porque su destino es un eterno estar en

camino.<sup>3</sup> Si llega, lo hace de manera póstuma: se recibe el papel, el sobre, pero no la carta, no el cuerpo de la carta.

Cualquier ciudad –cualquier país– es irreductible, está siempre citando otras ciudades. Y en la medida que cita otras ciudades, es literatura. Cioran declaró que no habitamos un país, sino una lengua. Y a veces, con suerte, más de una lengua, más de un país. Y ahora que justo anuncian el descenso, después de una noche en el avión con la imagen del planeta apareciendo de manera intermitente en la pantalla de enfrente, después de haber leído –y vivido a través de la lectura corpórea, implicada, que exigen estos textos– la experiencia de la migración, justo cuando en breves instantes seré turista (ya he llenado la información que pedía el formulario), sé que viajar a través de los textos que incorporan otras ciudades es ir más lejos todavía, es ampliar el mundo, hacer más kilómetros de los que llevo encima ahora. Es vivir la ciudad desde el pensamiento de lo posible, ligado al concepto de fantasía que Butler define así: “la fantasía es lo que permite imaginarnos e imaginar a los demás de otra manera. La fantasía es la que establece lo posible por encima de lo real; señala hacia cualquier otro sitio y, cuando toma cuerpo, trae ese otro sitio a casa” (Butler, 2001: 17). Wittgenstein sostuvo que los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro mundo. Y la intuición con que termina este recorrido –es el momento de desabrocharnos el cinturón– es aquella que sugiere que los límites de nuestro mundo son también los límites de nuestro lenguaje.

## **Bibliografía**

Aguado, Neus (1989): *Ginebra en bruma rosa*, Barcelona: Lumen.

---

<sup>3</sup> En *La llengua m'és l'únic refugi*, Cixous explica esta idea a través de la propia experiencia de haber emigrado de Algeria con un viaje que es un estar en camino que no concluye: “Marxar (per) no arribar d'Algèria també és, incalculablement, una manera de no haver trencat amb Algèria. Sempre m'he alegrat d'haver-me salvat de tota 'arribada'. Vull l'arribança, el moviment, l'inacabat en la meva vida” (2009: 23).

Andradi, Esther (2005): “Propiedades”. En: Birgit Merzt-Baumgartner y Erna Pfeiffer (eds.): *Aves de paso*, Madrid: Iberoamericana.

Becciu, Ana (2007): *La visita y otros libros*, Barcelona: Bruguera.

Butler, Judith (2010): *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Traducción de Bernardo Moreno, Barcelona: Paidós.

—(2001): *El grito de Antígona*. Traducción de Esther Oliver, Barcelona: El Roure Editorial.

Civale, Cristina (2008): *Crónicas desde la frontera. Viajes al mundo trans*, Buenos Aires: Editorial Marea.

Cixous, Hélène (2009): *La llengua m'és l'únic refugi*. Traducción de Joana Masó, Palma: Leonard Muntaner Editor.

Cucó Giner, Josepa (2004): *Antropología urbana*, Barcelona: Ariel.

Fasce, María (2008): *La naturaleza del amor*, Buenos Aires: Emecé.

Fernández Moreno, Inés (2005): *La profesora de español*, Buenos Aires: Alfaguara.

Lugones, María (1999): “Pureza, impureza y separación”. En: Neus Carbonell y Meri Torras (eds.): *Feminismos literarios*, Madrid: Arco Libros.

Kesselman, Susana (2006): *La sudaca*, Buenos Aires: Lumen.

Kozameh, Alicia (2005): “259 saltos, uno inmortal”. En: Birgit Merzt-Baumgartner y Erna Pfeiffer (eds.): *Aves de paso*, Madrid: Iberoamericana.

Martín Taffarel, Teresa (2005): *Lecciones de ausencia*, Barcelona: Editorial Candaya.

Rodríguez, Milena (2006): *El otro lado*, Granada: Editorial Renacimiento.

Molloy, Sylvia (2006): “A modo de introducción. *Back home*: un posible comienzo”. En: Sylvia Molloy y Mariano Siskind (eds.): *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Peralta Lugones, Tabita (2009): *Retrato de familia*, Buenos Aires: Emecé.

Peri Rossi, Cristina (2005): *Poesía reunida*, Barcelona: Lumen.

Tello, Antonio (1997): *Extraños en el paraíso*, Barcelona: Flor del viento ediciones.

Toro, Alfonso de (2005): “Pasajes–Heterotopías–Transculturalidad: estrategias de hibridación en las literaturas latino/americanas: un acercamiento teórico”. En: Birgit Merzt-Baumgartner y Erna Pfeiffer (eds.): *Aves de paso*, Madrid: Iberoamericana.

Valencia Triana, Margarita-Sayak (2007): *El reverso exacto del texto*, Madrid: Centaurea Nigra Ediciones.

Valenzuela, Luisa (2006): “La mirada dual y el clavel del aire”. En: Sylvia Molloy y Mariano Siskind (eds.): *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*, Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.